

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVI

Hacem quiso reconciliar el sueño, y no pudo lograrlo completamente. Las torres de Alhama se le aparecían fulgurantes en unas pesadillas y las palabras de Aixá le interrumpían el sueño reparador y le llamaban á las realidades amargas del mundo en otras pesadillas terribles. Así pasó toda la noche, así, entre tales, ya espectros, ya rumores, dañosos aquellos á su vista y estos á su oído; entre tales tristezas aborrecible, y el reclamo dulcísimo de la voz melodiosa, que, al presentarse allí su mujer á su estancia, le sacara de tino y le subiera como en éxtasis á las alturas y á las eminencias de un soñado idealismo en consoladoras esperanzas encendido y por ilusiones risueñas esmaltado. Hacem, como todas las naturalezas de temple fuerte, veíase atraído y solicitado por pasiones opuestas. Unas veces, el temperamento guerrero lo superaba todo en su naturaleza y le hacía propender á las

penitencias y á las tristezas indispensables para prepararse y curtirse á los ásperos deberes y difíciles ejercicios del combate. Otras veces, la sangre, que por sus venas hervía, los flúidos que se condensaban rápidos por sus nervios, los hervores de su natural exaltado, inclinábanle así como á los goces de las grandes ambiciones, á las voluptuosidades y á los delirios del amor. Como hemos visto en su diálogo con Aixá, Muley Hacem no se creía ni aun después del desastre de Alhama, imposibilitado para dirigir aquella poderosa monarquía, ni mucho menos indigno del nombre y del esplendor que le habían legado sus ilustres padres. Pero como buen musulmán, Hacem no dejaba de ser profundamente supersticioso, y de pagar á la religión de sus razas, á sus tradiciones, á sus costumbres, el debido tributo; y quería, por tanto, averiguar, si el destino le condenaba irremisiblemente á una derrota, para en ese caso, no empeñarse á sabiendas en pugnas completamente inútiles y consagrar el resto de su vida y el calor de su corazón á los ardientes placeres y á las vivas satisfacciones del sentido. Incierto entre ambos polos de la vida, entre las porfias del combate continuo y las porfias del amor exaltado, Hacem quiso consultar al cielo y leer en las estrellas su horóscopo. Si este le decía que todo empeño de guerrear era vano, Hacem, voluptuoso como buen oriental, consagrariase al placer; y si le decía que aún estaba en el caso de vencer á los cristianos y dilatar los propios domi-

nios, consagrariase indudablemente á la guerra. Incierto entre sus dos propensiones quiso forzar las puertas que guardan los horóscopos y pedir á los cielos el enigma de su destino para el cumplimiento de cuyo fin llamó á uno de los santones tenidos en Granada por más sabios y por más escudriñadores de divinos secretos, hablándole, así que lo tuvo en su presencia, de la siguiente manera:

- Acércate, Sidi.
- Señor; Alah prospere tu días.
- Alabemos los dos juntos al autor de todas las criaturas.
- Alabémoslo.
- Quiero departir largamente contigo de lo pasado y de lo futuro.
- Tú eres mi señor; yo soy tu esclavo.
- Si no llevásemos delante del alma estos ojos de carne, veríamos la esencia de las cosas.
- Verdad.
- Y si viéramos la esencia de las cosas, conoceríamos lo futuro, como conocemos lo pasado, porque la esencia de las cosas no está en el tiempo, está en la eternidad.
- Justamente.
- Pues bien, tú estás más cerca de tal esencia que yo.
- Señor, me humillas.
- Tú has roto los lazos del mundo, y desvestido los arreos lujosos, y apartado la vista de toda hermosura carnal, y cerrado los sentidos á toda

voluptuosidad, y puesto las raíces de tu vida en el suelo de la penitencia para explayar tu alma en la gracia de Dios y en la contemplación de las suras por Dios mismo dictadas á su predilecto Profeta.

—Hacem, el Koran lo ha dicho: «las abstinencias son como las puertas del cielo; y el olor que exhala de la boca santificada por el ayuno es más aceptable á Dios que los aromas del ámbar y del almizcle.» Yo he rezado quince mil invocaciones al eterno Alah sobre las mil quinientas que me resultaban abligatorias y de rúbrica.

—Como que perteneces á la orden más ilustre del Islamismo, fundada por Thaiyeb en los desiertos del Magreb, por la misma Egira de nuestras mayores glorias y conquistas sobre la tierra de los rumfes.

—Es verdad. En cumplimiento de mis deberes he tomado el nudoso bastón de peregrino; y envuelto el cuerpo en los sacos de los faquires; y pidiendo limosna ido de unos en otros aduare á sembrar la plabra de Dios por el desierto sin curarme de donde iba ni quien la recogía, como no se cura la palmera de la dirección que toman las fecundas semillas cuando las deposita y las confía en alas de los vientos.

—Si, ya te he contemplado en kheloguas ó ermitas de los penitentes, tan absorto en la contemplación de los misterios, donde se perdía tu conciencia, que no me visté siquiera, delante de tus ojos,

aunque anunciaban heraldos y clarines la presencia del rey de los creyentes.

—Señor, meditaba sobre las palabras que los edrisitas han sembrado en el desierto, y que nosotros debemos guardar en los corazones como un sacro depósito.

—Así has llegado á la santidad.

—Si; por la gracia de Dios, he recorrido los lugares santos; y llorado las injurias inferidas por los infielés á tantas aljamas como han sido profanadas en las tierras del ocaso. Yo he dado siete vueltas á la Kaba; he tendido mi cuerpo sobre la cima del monte Arafat; he cumplido los paseos de rúbrica entre las colinas de Safá y las colinas de Meronqua; he bebido el agua de los pozos de Fen Fen, y he lanzado las siete piedras canónicas en el sitio mismo donde Abraham lapidó al Diablo, guardando así la palabra divina y sus sacrosantas tradiciones.

—Por eso indudablemente, Sidi, te revela Dios y te confía el secreto de todas las creaciones.

—En efecto, yo pregunto por qué las nubes lloran, la luna crece y mengua, los flujos y reflujos del mar suben y bajan, los sauces del Egipto gimen, los granos de la granada brillan, la túnica de la anémona se rasga; y desde los ruiseñores en su nido de pajas, hasta las estrellas en su engarce de éther, entonan himnos incommunicables y dulces melodías.

—¿No es verdad, en confirmación de todo cuanto dices, no es verdad que así como el céfiro, soplan-

do en la primavera del lado Norte, aviva la florecencia de los árboles; y en el estío, soplando del Oriente, madura los frutos; y en el otoño, soplando del Mediodía, los arranca del árbol ya casi pasados; y en el invierno, para el universal descanso, arranca las hojas amarillas de las ramas sin alterarlas, y condena el vegetal á la inmovilidad; en todo este tiempo, ya venga de un punto, ya del otro, enciende siempre nuestro pecho en divinos amores?

—No lo dudes ¡oh rey! Es verdad que la pasión domina en todo tiempo los humanos corazones; mas también es verdad que al amor sólo parece propicia la juventud, como sólo es propicia verdaderamente á la rosa la primavera. Y creedlo, Sultán, la castidad se parece, como todas las virtudes, á la rosa, cuyos pétalos compiten á una en fragancia y en voluptuosidad con la esencia de su aroma. Aseméjate al mirto, señor, que allá en su triste humildad perfuma los aires con los balsámicos olores que de sus ramas despide.

—Siempre creí, siempre, que las flores dicen con sus pétalos y con sus pistilos palabras misteriosas.

—Indudablemente, algo quiere decir el nenúfar, cuando levanta su dorado cáliz sobre las aguas, en cuanto las besa el día, y así que viene la noche; se repliega en su cáliz y se sumerge bajo las ondas como un pensamiento escondido y solitario.

—Tienes razón. Mientras del hermoso limonero, de las palmas sonoras, del olivo luminosísimo, de los árboles que nos sustentan y sirven para nutrirnos

sólo cuelgan aquellos frutos que nos alimentan un solo día, del egipcio sauce, del verdinegro ciprés, que carecen de todo fruto, colgamos religiosas plegarias y eternos pensamientos.

—Sí; cada flor emplea un lenguaje misterioso y quiere decir un oculto pensamiento. El jazmín guarda una idea muy profunda con sus dos palabras que componen su nombre y que brotaron á las orillas del Yemen; sí, el jazmín dice que toda desesperación carece de fundamento y es mentira, porque cuando le falta un puerto á la esperanza en este mundo, lo encuentra en el otro. Cuentan los voluptuosos que todo jazmín les despierta el sentido á los amores profanos, y decimos nosotros que todo jazmín extrae con sus aromas y con sus esencias del fondo de nuestro sér como un verdadero incienso de grandes y nobles pensamientos.

—Sidi, héte llamado para que puedas referirme lo que guarda para mí lo porvenir.

—¡Oh! Si yo lo supiera, dígame, Hacem, que sería digno de colocarme junto á los Profetas y á los elegidos de Alah.

—¿De qué, si no columbras lo porvenir, te sirven, Sidi, tus plegarias continuas á los cielos y tus estudios é investigaciones de las ciencias?

—Dime, ya que me interrogas, cuanto hayas visto y oído en estos últimos días.

—He visto una mariposa que caía muerta bajo la saliva de un gusano.

—¿Y qué más?

—He visto un buitre persiguiendo á una paloma.

—¿Y qué más?

—El pavo real, cuando me ha columbrado, ha eruido el pintado abanico de sus plumas teñidas y brillantadas con tantos y tan deslumbrantes colores.

—¿Y qué más?

—La golondrina, piando, ha remontado su vuelo al verme, como si buscase nuevas tierras; y el murciélago ha venido en hora desacostumbrada, en punto de medio día, y ha rozado con sus alas silenciosas mi cabeza como si fueran las órbitas, donde mis ojos descansan, dos negros sepulcros.

—¿Qué más?

—El cuervo ha graznado en torno mío y mostrádome sus alas de luto.

—¡Ah! Señor, todas las felicidades tienen su término como todos los dolores. La voluptuosidad más intensa no dura un minuto, y vive, ó en el recuerdo que la echa de menos, ó en la esperanza mentida que jamás la logra. Toda paz se trueca en guerra, y todo dulzor ó en ásperos empalagos ó en acerbidad y amargura. La muerte cuelga todos los seres y todas las cosas de la inmensa telaraña del tiempo. Los hechos pasan como un río sin reposo. Cuántas veces los gorjeos del ruiseñor se mezclan á los graznidos del cuervo. Cuántas veces la rosa y el jazmín caen bajo la pelota formada por un escarabajo y compuesta de asquerosos excrementos. En la sura cuarta y verso septuagésimo

noveno del Koran, Dios dice á Mahoma: «Ve y anuncia por todas partes que los goces del mundo son bien poca cosa.» Señor, el Sultán de los creyentes se parece al camello de los desiertos en que, según el verso sétimo de la sura décima sexta del Koran, lleva sobre su lomo el peso y la carga de los demás.

—Pues por lo mismo, necesitamos saber la suerte personal nuestra, escrita con letras de luminosas estrellas en los azules libros del espacio. Nada me importa que los astros tengan ésta ó la otra magnitud propia y estén á ésta ú otra distancia de nosotros en la insondable inmensidad; nosotros no somos astrólatras, como nuestros padres los astrónomos de Caldea y los sabeístas de Persia y el Egipto. Cuando enderezamos á los cielos el revelador astrolabio, es para saber lo que allí dicen de nosotros las estrellas. Pues si la luna influye con poderosa influencia en los cambios de la temperatura y en los latidos de los mares; si el sol madura los frutos y colora las flores; si las ciencias médicas nos cuentan cómo la posición de las pléyades se relaciona con las enfermedades y sus crisis, ¿por qué no hemos de creer que los astros han escrito ya desde la eternidad las líneas expresivas de nuestros destinos y guardan los secretos de nuestro porvenir?

—Tienes razón, señor. Las predicciones astrológicas, si no pueden tener la exactitud y fijeza de las predicciones matemáticas, tienen una gran verdad, sobre todo, cuando se saben las fórmulas mágicas,

á cuya virtud y eficacia suelen revelarse los divinos secretos.

—Pues bien, eso necesito yo, saber ahora mismo si ludo con el destino inútilmente, ó si puedo prometerme todavía, en mis esfuerzos por salvar el reino, alguna lejana esperanza.

—Señor, yo haré lo que tú quieras. El Koran, mi ley religiosa, y todas las leyes políticas y civiles de mi reino, me ordenan á una obedecerle, cual obedece á la voluntad el brazo, y al brazo la piedra de nuestras manos lanzada.

—Pues entonces, en virtud, Sidi, en virtud y eficacia de tal obligación, dime pronto, por Alah, el secreto de mi porvenir.

—Señor, yo diré cuanto quieras, porque yo soy tu siervo; pero desearía recordarte que no es bien romper los velos puestos por Dios á las cosas; no es bien averiguar más de lo que Dios mismo quiere decirnos. La sabia ignorancia de lo porvenir quizás resulta lo único ¡ay! que nos resta del perdido Edén y de la pristina inocencia.

—Pues yo no quiero esa ignorancia. Saber, y saber mucho, me importa como Sultán y hombre.

—¡Alah, Alah, perdónale!

—E importándome tanto saber, interrogo en ti al sabio que conoce las leyes naturales y al asceta que conoce las leyes divinas.

—Manda, pues, ya que tanto empeño tienes en ello; manda, y yo te obedeceré.

—Ya conoces toda mi vida, y sabes con profun-

dididad y á ciencia cierta todo mi temperamento. No ignoras el día en que nací, ni el astro y la constelación, bajo cuya influencia vivo. Por consiguiente, divide como puedas entre tu ciencia y tu virtud el tiempo; mas dime lo que yo necesito saber á toda costa.

—Señor, ya sabes que no puede improvisarse de modo alguno un horóscopo. Nosotros jamás nos acercamos, ni á los abismos terrestres, ni á los abismos celestiales, ya sea para conocer un secreto, ya sea para estudiar un misterio, sin que apelemos á las necesarias oraciones y á los ayunos necesarios para obtener una verdadera purificación del cuerpo, y con la purificación del cuerpo una vista más penetrante y más clara en las facultades del alma.

—¡Ah! Sidi, lo sé profundamente. Sé que no basta con la ciencia para conocer la verdad en lo futuro, y que se necesita la oración también. Por eso he decidido llamarte y oírte.

—Que nos oiga el cielo es necesario.

—Yo estudié las ciencias ocultas en mi juventud, y adivino un tanto lo que dicen luna, planeta y sol en sus varias posiciones y á sus respectivas distancias. Mis maestros me han mostrado las doce casillas del cielo; y con exactos compases he medido los círculos de posición que forman los astros. Yo no quiero que interrogues á la casilla de las riquezas, porque hartas me dió mi nacimiento; ni á la casilla de los hermanos, porque hartos conozco al Za-

gal y sus ambiciones desapoderadas; ni á la casilla de los parientes y antecesores, porque hartó sé cuánto vale y cómo arde la sangre de los Alhamares; ni á la casilla de la salud, pues la tengo perfecta; ni á la casilla del matrimonio, pues la he muy bien experimentado en la persona de Aixá; ni á la casilla de la religión, que mi alma profesa con toda verdad en todos sus misterios; ni á la casilla de los amigos, pues no creo en ninguno, y los que tengo, hartó sé como los he ganado; el único sitio indispensable á mis escudriñamientos en el cielo, es la casilla de los enemigos, la duodécima; y si estos han de vencerme, frustrando todos mis esfuerzos, quiero, ahora mismo, darme por completo al placer. No mires, pues, al astro que tiene su trono en Táuro, ni al astro que tiene su trono en Sagitario, ni al astro que tiene su trono en Escorpión, mira el astro de los astros, el sol, cuando se halle por completo en su trono; y dime, después de haber orado, cuanto quieras y como quieras, y después de haber recurrido á todas tus ciencias, si mi reino será respetado y engrandecido por la fortuna ó empequeñecido y menguado.

— Señor, haré cuanto quieras y te diré cuanto me hayan dicho los cielos á mí.

— Pronto, pronto, por Alah.

— Refrena tu impaciencia, Muley, refrénala. Yo debo disponerme con mucho tiempo á decirte la verdad que me haya revelado el cielo. Días de ayuno, largas horas de oración, vigiliás no menos largas,

hé ahí todo cuanto necesito para, después de haber observado las estrellas, arrancarles una revelación. Déjame, pues, orar, y ver, y meditar, á fin de que Dios me oiga y el cielo me ilumine.

— Sea en buen hora. Toma todo el tiempo que necesites, pues de tu horóscopo dependerá mi vida.

— Alah te guarde ¡oh Sultán!

— Alah te gué ¡oh santo!

Y el Sultán se quedó completamente solo; y ya solo, púsose á reflexionar sobre todo cuanto había dicho y hecho en aquellas horas supremas. Naturalmente, razonaba como un perfecto musulmán. Dos fuerzas contrarias le atraían, el amor y la guerra. Si la guerra le resultaba inútil ¿por qué no consumir la vida en el amor? ¿Qué necesidad tenía de pugnas, esfuerzos, combates, derramamiento de sangre, sacos y talas y voraces incendios, puesto que había de ser el término de todo la derrota? Los pocos días que concede á los mortales el destino quería pasarlos en brazos de una felicidad sensual, que presta calor á la sangre y acelera los latidos del corazón. Así la vida, que le restaba, correría, no como el torrente que se precipita y despeña por saltos bruscos de quebrada en quebrada, como el arroyo de la feliz Alhambra, que susurra bajo una bóveda de azahares, jazmines, rosas, para entrar luego en los patios de alabastro, y subir en surtidores de perlas á las bóvedas de oro, hasta dormirse tranquilo y sereno en las albergas, mecido por los acordes melancólicos de las

guzlas y por las cadencias voluptuosas de los romances, retratando en sus espejos deslumbradores las bellas huries* del harem. Tal era el propósito de Hacem después de conocido su horóscopo. Y al trazarlo en la mente, al trasmitirlo de la mente á la voluntad, oyó de nuevo, en aquel aire perfumado por las esencias de los cármenes y por las nubes de los pebeteros el cántico voluptuoso de la ignorada cautiva cristiana, que, repitiendo su cantar melancólico, parecía invitarle al total olvido de la guerra y al culto del placer.

CAPÍTULO XVII.

Hacem conoció pronto el horóscopo leído por la penetrante mirada de Sidi en las estrellas. No había remedio: todos los anuncios del cielo, todos los dictados del sol, todos los signos del zodiaco, todos los planetas en sus conjunciones, todos los círculos de posición presagiaban á una con verdadero concierto la rota y caída del imperio musulmico en España y la imposibilidad completa de conjurar tal catástrofe señalada por el destino en sus decretos inflexibles desde tiempos muy remotos para un año, en la sazón de nuestra historia, muy amenazador y muy próximo. Se necesita estar en la piel de un musulmán para comprender cómo desconcertaría el horóscopo todos los propósitos guerreros de Hacem y con qué sumisión lo entregaría, cual atado de piés y manos, á la terrible autoridad del destino. Imagináos un Dios destronado, y caído desde las etéreas sedes á los profundos abismos;